

La antropología se ha ocupado muy poco del mariachi. Sería de esperar que en los ensayos etnográficos sobre el México de este siglo, con frecuencia aparecieran referencias al mariachi, tanto en el ambiente rural como en el urbano. Pero sintomáticamente no es así. Pareciera que los especialistas en analizar la cultura mexicana contemporánea hubieran puesto especial empeño en omitirlo, quizás debido a su omnipresencia y porque ha llegado a ser como la tortilla en la culinaria: un elemento cuyo sabor en las fiestas se da por entendido y no se considera pertinente mencionarlo en el menú.

No fue, pues, casualidad que, después de obtener la colaboración de Rafael Zamarripa, el coreógrafo más renombrado sobre las tradiciones dancísticas del Occidente mexicano, los organizadores solicitaran la participación de Jesús Jáuregui, investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia y el único etnólogo hasta entonces que había aceptado el reto de aproximarse al mariachi desde la antropología. La oportunidad era excepcional, pues había que demostrar en un país –y en esa región en particular– donde cada quien es especialista en el mariachi, que el enfoque de la antropología permite comprender esa institución desde una perspectiva inédita: más amplia y profunda. Aunque la aplicación de las teorías antropológicas está en sus inicios sobre este tema, pues a la comprensión de los aspectos musicales, literarios y dancísticos se deben añadir los rituales, religiosos, sociológicos y semióticos, por no hablar de los históricos en sentido estricto.

Con nuestra participación se logró que se desechara la propuesta inicial de realizar un “concurso de mariachis” y, en cambio, se convocara a un “encuentro”, que sirviera de ocasión para un mejor conocimiento y disfrute del mariachi. Asimismo, después de demostrar que actualmente hay dos grandes tipos de mariachi –el tradi-